AÑO II — BUENOS AIRES, 26 DE NOVIEMBRE DE 1923 — No. 97

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Imperialismo económico

Los aspectos políticos del problema no alteran la cuestión fundamental del imperialismo, que es siempre de naturaleza económica. ¿Es que debemos dividir en varias categorías, según los exponentes de cada manifestación del dominio burgués, la concepción que sirve de base a la doctrina nacionalista que comienza en el odio al extranjero y termina en el delirio armamentista de los pueblos que se consideran poco seguros en el recinto de sus fronteras?

El imperialismo no es un producto peculiar de determinados países y por lo mismo extraño a pueblos de cultura superior... Constituye, como una manifestación de la potencia militar y financiera de las grandes naciones, un fenómeno que tiene su lógica en la idea general de patria: en los medios históricos que nos dan la medida de la capacidad de un grupo social para someter y subyugar a los grupos nacionales más débiles o menos capacitados para la vida moderna.

Se comprende fácilmente que los imperialistas no persiguen móviles puramente sentimentales. El delirio patriótico, el orgullo nacional y el odio al extranjero considerado inferior, si bien representan la "substancia" de la doctrina y ofrecen a la masa ignara el motivo de sus entusiasmos bélicos, ocultan sin embargo el fin único que persigue la burguesía dominante: el monopolio comercial, industrial y financiero en los países conquistados para su patria.

Toda dominación imperialista lleva aparejada una dominación económica. La metrópoli, sede de las grandes organizaciones de piratas internacionales y de negreros que trafican con la carne de explotación ofrecida en subasta en el mercado mundial de brazos, no impone su dominio a los reyezuelos o caciques de las colonias. Su conquista no significa un despojo para las castas que detentan privilegios, sino simplemente la creación de un segundo poder que tutela a los gobernantes autóctonos o se escuda en ellos para llevar a cabo la explotación de las riquezas del país conquistado.

Inglaterra fué hasta la guerra de 1914 el país colonista por excelencia. Su dominación sobre la India, Australia, Canadá, Africa del Sur y otras muchas colonias desparramadas en todos los continentes y en todos los mares, hizo de las islas británicas el mayor imperio conocido. Y fué y es imperialista Gran Bretaña, no porque existiera en aquel pueblo una mayor aversión a los sentimientos de igualdad y fraternidad ni porque se hubiera localizado en los negros peñascos de Albión la locura cesarista de los antiguos conquistadores, sino porque su poder financiero, el desarrollo de sus industrias y su creciente capacidad económica buscó en las colonias un medio de expansión.

He ahí el motivo elemental del imperialismo, las razones históricas que favorecieron la dominación de Inglaterra en todos los mares de la tierra, las causas materiales que determinan la pugna entre las naciones que aspiran al dominio comercial de los mercados internacionales y a la prevalencia en la explotación de todas las grandes riquezas industriales del mundo. ¿Es posible establecer categorías de imperialismo, con olvido de sus objetivos económicos y teniendo en cuenta los aspectos políticos de la cuestión? ¿Se puede decir que determinados grupos capitalistas favorecen el desarrollo industrial de un país, lo civilizan y abren sus puertas a las grandes rutas del tráfico internacional, mientras otros lo empobrecen, lo esquilman y lo alejan cada vez más del contacto con los pueblos civilizados?

Las grandes conquistas coloniales tuvieron como primera consecuencia el desarrollo industrial de las regiones que ofrecían riquezas explotables al capitalismo. Por eso el progreso burgués se ha manifestado plenamente en algunas partes, mientras que en otras han subsistido las condiciones precarias del nativo condenado a una vida vegetativa por falta de riquezas naturales.

Pretendiendo establecer diferencias entre los grupos nacionales del capitalismo, que actúan en el plano internacional y mantienen en pie la verdadera organización imperialista mediante sus "trusts" y sus grandes empresas industriales, comerciales y financieras, nuestros bolcheviquis han querido señalar el peligro imperialista yanqui. Nada tendríamos que objetar si, al juzgar el creciente avance de los financistas de Wall Street en estas tierras de América fáciles a la conquista, no se pretendiera presentar al imperialismo norteamericano como de naturaleza distinta a los demás imperialismos económicos. Pero los comunistas criollos, para eludir el fondo de la cuestión y no caer en la trampa del imperialismo bolcheviqui, se esfuerzan en demostrar que los Estados Unidos son una potencia extraña a la organización burguesa internacional y por lo mismo representan la tendencia imperialista que antes de la guerra representaba Inglaterra y Alemania.

Después de confesar que ellos son los verdaderos defensores de la independencia política y económica del país — de la burguesía criolla, se entiende — dicen: "los nacionalistas argentinos, los gobernantes, los burgueses, son los más estrechamente interesados en atraer al imperialismo capitalista extranjero, yanqui o británico. Ellos se han lanzado abiertamente por el camino de los empréstitos, que atan la independencia nacional a las cajas fuertes de los capitalistas de Londres o de Nueva York. Ellos atraen de todas formas al financista, al industrial de las potencias grandes".

¿Está en esta concurrencia de capitales extranjeros el verdadero peligro para el proletariado? Si los comunistas hubieran seguido el método "materialista histórico" para explicar el peligro imperialista, no señalarían como un mal el aporte de grandes capitales para el desarrollo de la industria del país. Aceptarían más bien la necesidad de esa conquista económica del capitalismo yanqui o inglés, esperando que el desarrollo económico ofreciera exponentes políticos y militares que les dieran la medida del imperialismo nacionalista. Pero es difícil pedir consecuencia a hombres que, careciendo de una norma moral, están obligados a dar saltos mortales en el picadero de la política.

Insistiendo sobre el peligro yanqui — que Penelón señaló en el Concejo Deliberante cuando se discutió el empréstito solicitado por la comuna de Buenos Aires —, agrega el órgano de los comunistas criollos:

"Nosotros decimos: el imperialismo yanqui es el más potente de todos los imperialismos. El ha salido de la guerra beneficiado, mientras que las potencias restantes, incluso Gran Bretaña, se perjudicaron. Su desenvolvimiento, a favor de

LA REVOLUCION DEL PINCEL

Con pintar todas las instituciones burguesas de rojo, tenemos el bolcheviquismo revolucionario.

la irregularidad guerrera, ha sido extraordinario y formidable. Actualmente constituye la primer nación del globo".

Pero esa no es la única razón... Con esas disquisiciones en torno al imperialismo yanqui, los bolcheviquis de estos pagos quieren explicar un medio político de aversión a la conquista de América por los grandes financistas de Wall Street. He aquí el motivo:

"El enemigo más encarnizado de Rusia y de la revolución proletaria mundial, de la cual Rusia no es más que el primer paso — es precisamente Estados Unidos. La revolución mundial no podrá terminar sin vencer su mayor obstáculo: el imperialismo yanqui. ¿Cuál es el deber de los revolucionarios, de los trabajadores, de sus representantes? Oponerse de todas las formas posibles al desarrollo y crecimiento del imperialismo estadounidense; obstaculizar su desenvolvimiento, oponerle vallas, cooperando con el proletariado norteamericano en su descomposición".

Quiere decir, pues, que el imperialismo yanqui es el más peligroso porque no está política y financieramente ligado a la Rusia bolcheviqui: porque los grandes tiburones de Wall Street no financian los negocios de Moscú ni aceptan la concurrencia con sus capitales a la reconstrucción económica del imperio rojo. Sin embargo, los dirigentes bolcheviquis, ahora que hacen negocios y explican el marxismo de acuerdo con el método industrial y comercial de la Nep, sostienen que Estados Unidos es el país que está en mejores condiciones para dar el salto mortal del capitalismo al comunismo de Estado. Y eso a pesar de sus trusts, de sus multimillonarios y de sus rascacielos.

Si los imperialistas yanquis, atraídos por algún fabuloso negocio, optaran por reconocer el gobierno de Moscú y por organizar una piratería industrial y comercial a Rusia, desaparecería para nuestros comunistas el peligro del imperialismo norteamericano. Y no escatimarían aplausos para señalar la importancia industrial de Estados Unidos y de su "misión civilizadora" en los pueblos sometidos a su poder financiero.

Como se ve, los bolcheviquis, fieles a su oportunismo, tienen dos pesas y dos medidas distintas para pesar y medir la capacidad e intensidad del imperialismo económico. Por eso aplauden a unos bandidos internacionales y censuran a otros, sin peligro de que el aplauso y la censura sean empleados a la inversa cuando sus intereses políticos así lo reclamen.

LA EDITORIAL "LA PROTESTA"
ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabbri: CARTAS A UNA MUJER, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, $ 0,50
Encuadernado en tela . . . . . $ 1,50

EL TERRORISMO ECONOMICO

Los sindicalistas han tomado la costumbre de decir que la organización obrera hace inútiles los partidos y los *racia* de toda su confusión respecto al movimiento de clase de los trabajadores.

Yo no soy de esta opinión. Los partidos políticos, desde el momento que los obreros tienen opiniones políticas diversas, son una realidad que no se suprime. Ellos tienen su razón de ser; y de las relaciones con ellos de la organización sindical volveré a hablar ahora, bien que en muchas ocasiones haya tocado ya este asunto.

Pero yo voy aún más allá. Es decir, pienso que también en lo que respecta estrictamente a la lucha obrera contra el capitalismo, la organización a base sindical no esté en grado de responder a *todas* sus necesidades, no pueda cumplir todas las funciones que a la lucha misma son inherentes y a veces indispensables.

Las uniones de oficio, por su vastedad, por la necesaria publicidad de sus actos, por la necesidad de agrupar el mayor número de trabajadores aún por encima de las diferencias de método, no pueden asumir tareas demasiado especiales, discutibles o delicadas, que o interesan poco a las mayorías obreras o las encuentran hostiles, y por otra parte podrían llevar la discordia a la organización o procurarle daños superiores a las ventajas. Hay iniciativas que, aún teniendo estrecha relación con la lucha en el terreno económico, rebasan el cometido económico específico de las organizaciones de resistencia abiertas a todos, y no pueden ser desenvueltas más que por grupos especiales de elementos *a priori* completamente de acuerdo entre ellos.

Tomemos, para empezar, un ejemplo fuera y lejos de nuestras orientaciones anarquistas. Si es cierto que hay una parte de trabajadores que cree aún en la legislación social y por consiguiente en la necesidad para ellos de ocuparse de política parlamentaria, esto no quiere decir que la organización de resistencia deba cumplir también una función electoral. De ésta ocúpense aparte, si quieren, y de acuerdo con los partidos que tienen su mismo programa, los grupos obreros que conservan aún la ilusión legalitaria. Es intuitivo que no podría ni debría ocuparse la organización general, a menos de provocar en su seno la escisión entre los partidarios y los adversarios de la legislación social y del parlamentarismo.

Del mismo modo, hay ciertas otras determinadas funciones, de carácter revolucionario e insurreccional, que otros trabajadores — entre ellos los anarquistas — creen indispensables (como los reformistas creen indispensable la legislación obrera y la lucha electoral), y que sin embargo no pueden ser cumplidas por las organizaciones, digamos así "oficiales", sea por razones de oportunidad, sea por razones de práctica revolucionaria, sea en fin porque en torno a ellas está vivo el desacuerdo entre los trabajadores — y frente a ellas una parte se encontraría en la misma posición de hostilidad en que se encuentran los obreros de tendencias anarquistas y revolucionarias frente a la práctica electoralista.

Ahora, es necesario buscar — aunque sea cuidándose poco de las formas exteriores — que la clase obrera constituya una unidad lo más concreta posible. En la organización sindical es preciso establecer lo más que se pueda los puntos de acuerdo, y eliminar las razones de discordia. Pero así como, si se debiese no hacer todo aquello sobre lo cual un acuerdo, aún relativo, no es posible, se acabaría por no hacer nada o por castrarse, haciendo imposible la revolución, de la que sin embargo depende la emancipación de la clase obrera, — de aquí surge la necesidad de que los grupos distintos de obreros se ocupen, fuera de los cuadros formales de la organización, de todas estas iniciativas revolucionarias que, aún no recogiendo el consentimiento unánime de la clase obrera, son, no obstante, necesarias e indispensables, desde nuestro punto de vista, a su liberación real de toda forma de explotación y de dominio.

Ya he dicho arriba que estas iniciativas de índole revolucionaria, especialmente ciertos actos de violencia y de ataque, de rebelión o de represalia, deben, salvo casos excepcionales, rebasar del cometido específico de las organizaciones generales y comunes a toda la clase proletaria, por razones de oportunidad y de práctica. Se comprende fácilmente el por qué.

La organización obrera comporta responsabilidades directas frente a las instituciones económicas y políticas de la burguesía, que son un freno a su acción, y especialmente a la acción revolucionaria. A estas responsabilidades es muy difícil escapar; y por consiguiente las grandes organizaciones, aún con orientación revolucionaria, difícilmente podrán afrontarlas a no ser en un período revolucionario verdadero y propio, es decir, de guerra cruenta contra la burguesía. Esto es un hecho que nos disgusta, pero es un hecho; y nosotros debemos escapar al peligro de que no se haga lo que es necesario hacer aún en tiempos normales, sólo porque el sentimiento de la responsabilidad colectiva puede, no importa si erradamente, oponerse.

Por otra parte no hay que olvidar que la acción, cuanto más revolucionaria tanta más necesidad tiene de un mayor consentimiento de quien participa en ella, y tanto más, por consiguiente, el círculo de los participantes directos y de los iniciados debe ser reducido — al menos hasta que el estallido de un movimiento general no extienda su campo. Las iniciativas revolucionarias parciales, que superen los límites de las leyes y de las instituciones, no tienen en general necesidad más que del consentimiento de pocos. En la organización obrera, donde las decisiones se toman, por lo común, por mayorías, ¿sería posible, pongamos por caso, discutir y resolver por mayoría de votos si un acto de violencia contra una fábrica o contra un patrón debe hacerse o no? No sólo sería imposible, sino también ridículo!

La técnica de la revuelta violenta es incompatible con las formas de las grandes organizaciones públicas. Si se trata de revueltas generales, de insurrecciones, éstas no son deliberadas por las organizaciones permitidas o toleradas por el Estado, si bien son hechas directamente por el pueblo, impulsivamente o por iniciativa y después de una preparación hecha por grupos de minoría homogéneos y perfectamente concordes. Las organizaciones obreras, entonces, son útiles por haber sido antes preparadoras del *espíritu* revolucionario; y por tanto, iniciado el movimiento, pueden también adherirse y llevar la contribución de las masas que las siguen. Pero no son ellas quienes dan el primer impulso consciente ni quienes preparan los hechos concretos: por lo menos las probabilidades de que lo hagan son poquísimas.

Si aquí debiésemos ocuparnos del modo de preparar la revolución, mucho habría que decir. Pero la acción revolucionaria de que quiero tratar esta vez es aquella de la cual puede haber necesidad también en tiempos normales, en la lucha entre capital y trabajo. Podría llamársele, con una expresión más comprensible, "revuelta parcial".

No es raro el caso de que haya necesidad de actos de violencia y de revuelta en el curso de una huelga parcial o general. Más bien es un caso que va siendo cada vez más frecuente, a medida que el capitalismo logra neutralizar la resistencia pacífica y legal de los trabajadores.

Muchas veces se ha tenido ocasión de constatar que las huelgas pacíficas victoriosas se hacen siempre más escasas, a pesar de la ampliación enorme y el enriquecimiento de las organizaciones sindicales. Todos recuerdan huelgas clamorosas en que organizaciones potentísimas, después de haber gastado millones y millones para sostener a los obreros en lucha, después de meses y meses de resistencia a brazos cruzados, han debido ceder, totalmente derrotadas o salvando apenas las apariencias, es decir, contentándose con concesiones irrisorias ya precedentemente mil veces absorbidas y descontadas por el dinero gastado y los sacrificios hechos.

Después de la gran guerra de 1914-18 hemos visto, además, así en Italia como en Alemania, en Hungría como en España, — y también, creo, en la República Argentina, — que los ricos industriales y terratenientes, puestos de espaldas contra la pared por una resistencia obrera que, aunque legal, dañaba mucho sus intéreses inmediatos, no han tenido escrúpulos de recurrir a lo medios ilegales más violentos y feroces, desde el incendio al homicidio, y de ponerse también contra el propio gobierno con tal de conseguir despedazar y hacer nula la fuerza simplemente numérica, legal y pasiva del proletariado. De aquí la necesidad de que al lado de la organización obrera más vasta haya una preparación activa que no cuente sobre el número ni sobre la hipotética protección legal gubernativa, la cual en el momento decisivo desaparece o se pone de parte de los patrones.

Hay momentos decisivos, en la lucha entre capital y trabajo, en que, después de haber resistido y hecho derroche de energías, los obreros empeñados en una batalla se encuentran en la encrucijada: o declararse vencidos o recurrir a la violencia. Es inútil examinar las formas de violencia que pueden ser necesarias; ellas son infinitas, desde el ataque a la fábrica o a la producción al ataque a las personas, desde la revuelta contra la policía guardiana del capital a los actos violentos contra los crumiros, etc. Una huelga de los ferrocarrileros franceses (en 1912) nos ofrece algunos ejemplos de los más blandos de esta especie de acción, como el abatimiento de los postes telegráficos y la rotura de los carriles. No es mi propósito aquí hacer un tratado técnico ni un exámen de los varios actos de revuelta que pueden ser necesarios en las luchas obreras; basta, a los fines de mi argumentación, haberlos señalado.

La organización común a todos los proletarios de las más diversas ideas y tendencias, no es apta para la aplicación de estas formas de acción contra el capitalismo. Puede ser más bien oportuno, como he dicho, librar a la unión sindical de la responsabilidad que tal acción lleva consigo. Pero esto no quita que la acción revolucionaria sea lo mismo necesaria e indispensable. De aquí la necesidad de que los grupos especiales la tomen a su cargo.

Estos grupos, naturalmente, no podrían ser formados como se forman generalmente los comunes grupos de propaganda, en que participa quien quiere y a los cuales se adhiere simplemente por identidad o afinidad de ideas y de métodos. Ellos tienen necesidad de elementos de determinadas aptitudes y capacidad y exentos de determinados defectos. Estos elementos deben ya conocerse y estimarse recíprocamente y estar completamente de acuerdo. Ni hay necesidad de que tales grupos y sus componentes sean conocidos públicamente. Todo lo contrario!

El nombre que se puede dar a estos grupos no tiene ninguna importancia. Podrían llamarse "grupos de acción revolucionaria" o "grupos de acción directa". Lo importante es que respondan a las funciones que deben cumplir y usen de toda la cautela necesaria para no dañarse a sí y a los otros, y, más aún, a la causa por la cual combaten. Por eso, ellos, aunque ejercitando una actividad constante y teniendo una preparación material y práctica que no los deje tomar desprevenidos por los acontecimientos, deben, no obstante, ser tales que cada vez que realizan una acción, participen en ella y la conozcan sólo aquellos que son necesarios.

Si un hecho puede ser ejecutado por uno solo, es inútil y por consiguiente dañoso que lo lleven a cabo entre dos; si puede ser ejecutado por diez personas, hay que evitar que participen o estén informadas veinte.

En Rusia, la acción revolucionaria así concebida, antes de 1917, tomó el nombre apropiado de "terrorismo económico", es decir, acción violenta, insurreccional, aplicada a la lucha obrera dirigida contra el capitalismo. Esta acción asumió caracteres especiales y tuvo manifestaciones múltiples, en relación con las condiciones especialísimas de Rusia y del período que aquella nación ha atravesado de 1904 en adelante; pero el concepto que la informaba era el mismo aceptado entre nosotros.

Los grupos que son más aptos para especializarse en estas formas de lucha pueden ser más o menos lo que, en Rusia, eran en un tiempo las *organizaciones de combate* del Partido Socialista Revolucionario. En Francia propuso hacer algo semejante, alrededor de 1910, Gustavo Hervé. Pero tanto las organizaciones terroristas rusas, como la asociación revolucionaria propuesta en sus tiempos por Hervé, tienen a nuestros ojos el defecto de ser autoritarias, centralizadas, sometidas a comités centrales, moviéndose de lo alto a lo bajo: lo que, entre otras cosas, tiene la doble desventaja de paralizar las iniciativas individuales y locales, y de ser más fácil presa de la traición, como nos ha enseñado el torpe caso de Azeff.

Indudablemente los más aptos para la tarea podrían ser los grupos anarquistas; no, entendámosnos, los grupos y las federaciones constituídos para la propaganda y la agitación pública de partido —con los que no deberían ser confundidos, porque éstos tienen una diversa función y un modo de reclutamiento inapto para la tarea de aquéllos — sino grupos especiales de anarquistas que de particular modo se dediquen a esta forma de actividad independiente y flanqueatriz al mismo tiempo del movimiento obrero y sindical.

La actividad de estos grupos, por otra parte, podría no limitarse a intervenir sólo en las luchas de carácter económico. Pero yo aquí me ocupo de la cuestión solamente por lo que entra en el ámbito del movimiento y de la organización proletaria de resistencia y de conquista contra el capitalismo. Examinar cuál podría ser la actividad de bien organizados grupos de acción también en el terreno político, en la lucha antiestatal, etc., sería ciertamente interesante, pero me llevaría demasiado lejos y fuera del tema.

Lógicamente, por la función y el carácter que deben tener en la práctica sobre el terreno económico los grupos autónomos de acción, nada impediría que en tales grupos participasen, además de los anarquistas, también otros elementos revolucionarios, no importa si de aquéllos divergentes en las cuestiones doctrinarias. En realidad, esto puede muy bien suceder, y ha sucedido algunas veces. Pero la experiencia, que es la mejor maestra ha demostrado que en agrupamientos de este género es necesario que los motivos de desacuerdo sean los menos que se pueda. Por eso la unión entre elementos políticamente discordes es aconsejable muy raramente y sólo por excepción.

Los componentes de los grupos de acción, para que entre ellos haya toda la armonía indispensable, es bueno que estén en todo y por todo de acuerdo, tanto sobre los fines a alcanzar como sobre los medios a usar.

Hay que tener presente que los contrastes de partido y las divergencias ideológicas no dejan nunca completamente de apasionar y por tanto de dividir los ánimos, aún allí donde es más necesaria la máxima concordia. Pero lo que hace más aptos a los anarquistas para la tarea es su absoluta irreductibilidad frente a todas las instituciones políticas y económicas de la burguesía, sin excluir ninguna; su contrariedad a toda forma de autoridad, de dictadura, de centralización; su espíritu idealista, que los hace más fuertes frente a las consideraciones utilitarias; y, en fin, el espíritu de libre iniciativa y de sacrificio, de que indudablemente los anarquistas están mayormente dotados, a pesar de que en este momento también ellos atraviesen un melancólico período de crisis y de irresolución.

Por lo demás, esta mayor adaptabilidad de los grupos anarquistas a las funciones revolucionarias es determinada también por la doctrina libertaria en sí, en cuanto responde a las necesidades y a las tendencias de la revolución social más que todas las otras teorías socialistas y revolucionarias más o menos impregnadas de autoritarismo.

Aquí no hay necesidad de examinar detalladamente y discutir sobre cómo deberían estar constituídos estos grupos de combate: yo me ocupo sólo de la idea general; y no sería el caso de hacer un estudio particularizado también de lo que está fuera de la órbita de la tarea del escritor de asuntos sociales, y concierne sólo a los que deben obrar.

Nosotros examinamos los móviles, las razones de la acción. Puedan las minorías revolucionarias conscientes comprender la necesidad:—la necesidad impelente de que todas las armas y todas las fuerzas sean contempográneamente puestas en acción para la redención del proletariado.

Luigi Fabbri

La conservación del anarquismo en una revolución no anarquista

¿Qué tenemos los anarquistas que hacer durante un período revolucionario? Si pueden ser realizadas nuestras ideas, entonces, naturalmente, sólo una cosa: *realizarlas*. Pero si, como es el caso actual, no ha sonado aún nuestra hora, entonces debemos emplear todos los medios posibles para una realización sin compromisos del anarquismo mediante una introducción en pequeño, comenzada de un modo completamente independiente en los círculos minoritarios y difundida y extendida todo lo posible. En ningún caso podemos participar, bajo cualquier forma que sea, en la violencia existente del nuevo gobierno, aparentemente revolucionario.

Esta afirmación indica también que no deberemos tomar parte directa en las luchas dirigidas por los movimientos y tendencias reaccionarias contra el poder "revolucionario" establecido. Todo lo que no es anarquista es por completo relativo en su "reacción", en su "progreso", en su "liberalidad". Sería, pues, una absurdidez para los anarquistas el querer verter su sangre por eso, sea cualquiera la fracción que predomine. Los anarquistas tienen que defender su propia piel, protejer el propio movimiento, preservarlo, asegurar la razón personal y colectiva del mismo frente a la reacción y a la libertad aparente — y no que entrar como movimiento o como individuos en favor de una parte o de la otra o poner en segundo plano sus intereses anarquistas, aunque sea sólo temporalmente, en pro de éste o aquél "progreso", en pro de un "mal menor". Que luchen solos la reacción, la libertad a medias o aparente y el falso progreso de las cosas. El anarquista, naturalmente, estará más con lo último que con lo primero, es decir, preferirá la libertad aparente a la reacción; pero es un loco si se deja llevar por ese sentimiento para silenciar su comprensión anárquica.

Económica y socialmente, en tanto que se desarrolló en las ciudades la revolución rusa nos ha traído muy poco nuevo, pues fué malograda en germen por el marxismo. Pero una cosa debía haber enseñado al anarquismo como experiencia histórica: a no poner otra vez su energía, su inteligencia y su espíritu de sacrificio, o la gran parte de su movimiento al servicio de una revolución que no es la nuestra.

Mirando retrospectivamente se debe decir hoy que la peste del bolchevismo apenas habría llegado al poder en Rusia si no hubiera contado con el apoyo de los anarquistas que realmente creyeron realizar en el bolchevismo un "estadio de transición a la revolución". Hoy se podría convenir en que se habría beneficiado la revolución rusa si los socialistas revolucionarios y los bolchevistas se hubiesen extenuado recíprocamente en lucha fratricida y si los anarquistas hubiesen ahorrado sus energías en ese momento, en lugar de colocarse al lado de los bolcheviquis para darles una preponderancia en energía que les permitió llegar al más ilimitado poder y hacer hoy lo mismo que han hecho también Kerensky y los socialistas revolucionarios, sólo que en nombre de una dictadura que obra más criminalmente en la vida social de lo que habría podido hacerlo una democracia burguesa en su apariencia de liberalidad — la única forma, por lo demás, de que es capaz la democracia.

Los anarquistas rusos desgraciadamente no han comprendido esto. Se aliaron con los bolchevistas, se batieron por su principio estatista y la sangre más preciosa y la más noble del movimiento anarquista fué vertida en beneficio de los nuevos gobernantes que, lo mismo que los jefes de los ejércitos modernos se cuidaron bien de verter la propia sangre por los propios intereses. ¿Dónde estaría la actual tiranía de los bolchevistas si no hubiesen tenido a su disposición ese "frente único"? ¿Dónde estaría hoy el poder omnímodo del bolchevismo en Rusia si el movimiento anarquista, todo lo posible pasivo y en pasiva resistencia frente a las luchas por la propia conservación del bolchevismo en salvaguardia de su poder, se hubiese limitado, en unión con los campesinos, a trabajar en la construcción de nuevas formas de vida, en nuevos organismos colectivos, aclarando a los campesinos que podían defender y conservar del mejor modo su posesión agraria colectiva si no se abandonaban a la orden de los bolchevistas para entrar en ella?

Se contestará que habríamos tenido allí entonces el terror blanco, la restauración del zarismo. Tenemos sólidos argumentos para demostrar lo contrario. Sin embargo, supóngase el caso de que fuera así. ¿Cómo van los anarquistas a morir para que los bolchevistas puedan dominar hoy ilimitadamente? El más horroroso terror del terror blanco no es más brutal y más bestial que el de la actual Rusia roja bolchevista.

Los anarquistas que sobreviven allí no obtuvieron nada del sacrificio de sus desdichados camaradas; éstos han muerto inútilmente, pues no murieron por la causa de la libertad, sino del mismo modo que los patriotas perfectamente convencidos, es decir, seducidos por quimeras: ¿y siente el anarquista prematuramente desaparecido o que vive hoy en Rusia, fiel a su convicción, una diferencia entre terror blanco y terror rojo? ¿No sería hoy mucho más revolucionario si la generación de anarquistas rusos que cayeron por el bolchevismo viviera aún, luchar con el terror contra el terror blanco, que haber muerto por el terror rojo? En esta lucha quizás los terroristas rojos se encontrarían más bien al lado de los anarquistas contra el terror blanco, en lugar de poder ejercer ellos mismos el poder contra los revolucionarios.

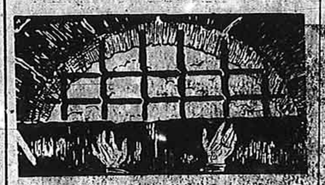
Indudablemente, los hechos que son ya históricos no pueden modificarse. Pero hay que cuidarse de repetirlos. Pues justamente porque el presente y el próximo futuro pueden ofrecernos diversas especies de revoluciones no anarquistas y porque deben ser ventiladas todavía algunas luchas agudas entre la reacción y la revolución, debemos orientarnos nosotros y nuestros camaradas para impedir que en ese salvaje tumulto de riñas partidistas, de aspiraciones de poder, de engaño del pueblo y de ansia de enriquecimento a costa de las masas, en estas luchas de caballeros de industria y de *parvenus* sea tronchada por lo que en el presente llaman ellos "revolución", la rama más preciosa del árbol de la sociedad: la anarquista. *Debemos conservarnos para el anarquismo y vivir exclusivamente para él y sus tendencias.* Que sucumban y mueran aquellos que se esfuerzan en la lucha por el poder; mientras se aniquilan recíprocamente realizan una ley del progreso cultural: el impedimento para un ascenso de la vida se consagra por sí mismo a la muerte, gracias a la atmósfera sofocante de sus profundas regiones...

Los anarquistas deben vivir para poder realizar el anarquismo. Lo que el gran naturalista y sociólogo Miller-Lyer ha señalado en su faseología de la cultura, es valedero también para la revolución.

Esta posee sus propias fases de desenvolvimiento. Las revoluciones que no están maduras deben y tienen que sucumbir. Se produjeron sin nosotros y nuestra acción ¿debemos sacrificarnos a ellas inútilmente? Inútilmente, pues la fase inmadura de la revolución no puede ser desarrollada, debe sucumbir en su inmadurez, con lo cual puede producirse una más madura. La revolución madura que nosotros tenemos que preparar, precipitar, producir y realizar es la revolución proplamente nuestra, la que se asocia a nuestras labores realizadas en el dominio moral libertador de la instrucción, en el dominio social económico, en el antimilitarista y en el antiestatista: la fase de la revolución social de la destrucción de toda violencia y dominación, y la revolución de la anarquía constructiva. Esta revolución finalmente satisfactoria sólo puede venir si los anarquistas que se han consagrado a ella viven para provocarla, para realizarla con ayuda de las masas minoritarias del pueblo verdaderamente revolucionarias.

Pierre RAMUS

(De *Erkenntnis und Befreiung*, Nr. 34, Viena).



¡Ayudad a las víctimas políticas!

EDITORIAL "LA PROTESTA"

OBRAS EDITADAS POR ESTA CASA Y EN VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Perú 1537 — B. Aires

Los Anarquistas—Estudio y réplica . . . . . $ 1.—
Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado) . . . . . $ 1.50
Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad $ 2.—
El Estado (Su rol histórico)—**El Estado Moderno**—Conferencias de **KROPOTKIN**-Primer volúmen $ 0.50
Cartas a una Mujer sobre la Anarquía-Interesante opúsculo $ 0.50

FOLLETOS

Sembrando Flores (Novela) $ 0.30
La Ukrania Revolucionaria — Un folleto de [illegible] $ 0.10
SOLICITE:
El Dreyfus [illegible]
La Anarquía [illegible]
Revoluciones de la Época [illegible]
Organizaciones de Combate [illegible]
Tierra [illegible]
Temas Subversivos [illegible]
La Libertad [illegible]

Literatura-Arte-Ciencia

Manuel González Prada

LA POESIA

I

Ha pasado el tiempo en que las reinas besaban la boca de los poetas dormidos o los reyes se honraban tanto de cincelar un soneto como de ceñirse la corona. Hoy los mismos autores de versos se complacen en denigrar la poesía; y aun Chateabriand (que vive por el sentimiento y la imaginación de sus libros), sostiene que "volverse poeta equivale a perder la fuerza del pensamiento". Sin embargo, a un Chateaubrjand se opone un Victor Hugo: el autor de *Hernani* y la *Leyenda de los siglos*, el hombre que versificó por espacio de setenta años, considera la poesía como un sacerdocio, dice que el poeta ejerce cargo de almas y no vacila en afirmar que "veinte versos de Virgilio ocupan más sitio en el genio humano y hasta en el progreso de la civilización, que todos los discursos habidos y por haber".

La antigüedad nos ofrece un contraste muy curioso: mientras Platón ve la poesía como un arte nocivo a la sociedad, Aristóteles la mira como algo más filosófico, y más serio que la historia. Y ¿quién era Platón? un poeta divagando en las nebulosidades de la metafísica, una especie de Chateaubriand pagano. Y ¿quién era Aristóteles? un sabio encerrado en el dominio de la naturaleza, el Bacón y el Darwin de la Grecia.

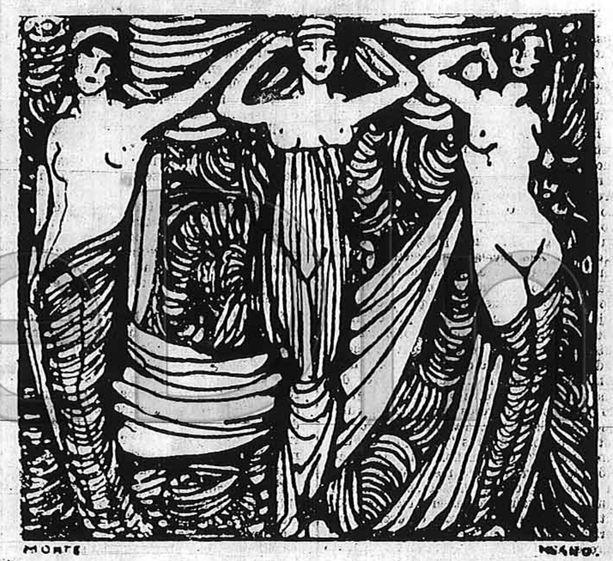
Hace algunos años en una sociedad literaria de Europa se discutió largamente para decidir si la poesía estaba condenada a desaparecer con el adelanto de las ciencias y la industria. Como no sabemos el fallo de la docta asamblea o conclave literario, nos ceñiremos a insinuar que si la poesía deja de vivir, no deberá su muerte a la industria ni a la ciencia.

El "aquello será matado por esto" se quiere realizar en el campo de la literatura: la prosa tiende a eliminar el verso, como el gas eliminó a la bujía, como la luz eléctrica va eliminando al gas. Y se comprende. Si antiguamente la poesía condensaba toda la ciencia, toda la religión y toda la filosofía de una época, hoy toda la savia y toda la médula del pensamiento humano se encierran en la prosa. Así mientras los sabios y los filósofos de Grecia componían sólidos y nutridos poemas, donde sintetizaban su concepto del universo y de la vida, los rimadores y aficionados de nuestro siglo hilvanan rotundas y endebles estrofas donde analizan las alteraciones morbosas de su organismo. No florecen los verdaderos poetas, aunque pululan los buenos versificadores, quiere decir, los hombres adiestrados en disimular con el ropaje del verso las deformidades que resultarían en la austera desnudez de la prosa. ¡Quién sabe si en muchos versificadores se oculta un prosador en bancarrota! En ciertos individuos el arte de rimar se confunde ya con el oficio mecánico: escriben una silva o un soneto de igual manera que un obrero tornea una columna o engoma una tela.

Como no se piensa en verso, como no se siente con verdad ni se renueva las imágenes manoseadas y envejecidas, puede afirmarse que la poesía florece hoy lejos de los poetas. Efectivamente: en Spencer, Darwin y Haeckel ¿no hay más inspiración que en las rimas de sus contemporáneos? ¿Tiene Nuñez de Arce las metáforas de un Guyau, Zorrilla el sentimiento de un Dickens o el colorido de un Goncourt? Hasta la armonía de las lenguas se refugia en los prosadores. Nadie osaría negar a Campoamor un talento fecundo y variado aunque suele poetizar en metafísica y "metafisiquear" en poesía. Ahora bien, léase *Madame Bovary*, o *Salambó* después de las *Dolorosas* o los *Pequeños poemas*, y dígase dónde luce la armonía del estilo, respóndase si el verso del poeta castellano se iguala con la prosa del novelista francés.

El defecto de los poetas es el no entrar de lleno en la corriente del siglo, el arrastrarse cuando el mundo vuela, el preferir las retaguardias a los avances. Si representáramos a la humanidad por un ejército caminando a marchas forzadas, los modernos innovadores harían el papel de rezagados; ¿qué glorifican por lo general? hoy la religión católica o el error confirmado en los muros ce una iglesia, mañana la patria o el egoísmo encerrado en una denominación geográfica. Raríssima vez se remontan libre y alto para mirar en la verdad científica la sola religión de las almas escogidas o reconocer en el Universo la única patria de los hombres civilizados. Como la poesía religiosa o eclesiástica no pasa de sermones rimados o teología en consonantes y como la patriótica u oficial se reduce a política glosada o editoriales en verso ¡qué lánguidas, qué insufribles, qué soporíferas las divagaciones de los creyentes y de los patriotas!

A un rey de Persia le habían anunciado que moriría de un bostezo; y como según el refrán siempre se bosteza de sueño, de hambre o de fastidio, los palaciegos se desvelaban porque su majestad se acostara temprano, comiera bien a sus horas y se rodeara de personas alegres y entretenidas. Primero que nada, suprimieron de la biblioteca real los libros de jurisprudencia, moral y teología.



II

Al llamar a la poesía del porvenir *El canto de la Razón*, se dijo muy bien que el poeta y el creyente no seguirían confundidos en un solo molde, dado que si hay una razón desta y piadosa; hay también una razón irreligiosa y atea. Los hombres de la antigüedad no dejaron de cantar la religión al glorificar la Naturaleza, porque entonces lo humano y lo divino marchaban inseparablemente unidos, porque el saber y las supersticiones formaban una especie de aglomerado indistinto y disforme. En Grecia no mediaba entre el cielo y la tierra un abismo infranqueable, ni el Creador abrumaba a la criatura con el peso del infinito: los dioses eran como la proyección gigantesca del hombre en las alturas. Siendo divina la humanidad y humana la divinidad, se cantaba lo humano al cantar lo divino.

Hoy no sucede lo mismo, habiéndose consumado una separación irremediable: de un lado se levanta el saber, del otro lado las supersticiones. Queda fijado el lugar del hombre en la creación, el papel de la tierra en el Universo. Al regresar a la poesía religiosa, para confundir lo humano con lo divino y la verdad con la mentira, se quiere unificar lo diferenciado, se intenta una evolución a la inversa. A veces se comete impiedades o herejías. Según Tolstoy, el arte se propone comunicar a los hombres los sentimientos que experimenta el artista, y como lo más elevado y lo más noble de una época se atesora en la religión, el arte verdadero y por consiguiente la poesía, debe glorificar los sentimientos religiosos. Pero conviene observar que Tolstoy no profesa el catolicismo romano ni la ortodoxia griega, sino una especie de cristianismo desinfectado, más bien dicho, un deismo humanitario y altruista. Una religión irreligiosa, sin dogmas ni culto.

El catolicismo ha dado ya su flor y su fruto en el orden intelectual y moral; cumplida su misión, sólo tiene derecho a una página en la historia de las religiones. Aunque mañana surgieran un Homero y un Virgilio católicos, no sabemos si realizarían el milagro de rejuvenecer los dogmas añejos y virilizar las leyendas pueriles. Poco lograrían con la brillantez de las imágenes y la pompa de la versificación: la vaciedad del fondo clamaría contra la belleza de la forma. El bermellón y el albayalde prestan al cadáver la fisonomía de un vivo; nada falsifica el fuego de la mirada ni el ritmo del corazón.

¿Se acusará de estéril a la poesía negadora o escéptica? La inspiración ¿estará ineludiblemente vinculada, sino con los dogmas del catolicismo, al menos con la fe de la inmortalidad del alma y en la existencia de un ser supremo? Si la inspiración se aleja del hombre por no admitir o poner en duda la vida perdurable, si la creencia en un dios personal y creador infunde más poesía que la idea de una Naturaleza increada y regida por leyes invariables, díganlo Lucrecio, Shelley, Leopardi y Vigny. Como practicamos la justicia y el bien, ora admitamos o rechacemos la inmortalidad del alma, así podemos escribir excelentes versos, ya confiemos en la acción eficaz de la Providencia, ya veamos en la Naturaleza *una causa sorda que nunca nos oye y nunca nos responde*.

Nos hallamos ante el Universo, como un niño a las orillas del Océano: observamos fenómenos limitados y descubrimos leyes particulares, sin abrazar el conjunto ni fijar la ley suprema, de igual modo que el niño juega con unos copos de espuma, sin conocer la profundidad ni la extensión de las aguas. No sabiendo para qué venimos ni por qué nos vamos, nos debatimos por saberlo y redoblamos las actividades del alma. Si resgáramos las tinieblas de la cuna y del sepulcro, nos cortaríamos las alas de la conjetura y de la hipótesis, oscilaríamos monótonamente como un péndulo entre dos luces. La duda y la incertidumbre desenvuelven a nuestra imaginación un espacio sin límites. Al dudar, afirmamos nuestra personalidad, crecemos, nos sentimos más hombres. La duda patentiza la virilidad del pensamiento; la mujer y el niño creen, el hombre piensa; y ¿qué significa pensar si del cerebro se elimina la duda?

De los espíritus sumisos, aunque escépticos, surge una poesía melancólica, serena y estoica; de los negadores y rebeldes, una inspiración acre, desesperada y batalladora. Los trozos más célebres de las antologías, los versos que más brillan en el tesoro poético de la humanidad, se hallan impregnados de negación y duda, no de evaporaciones místicas ni delicuescencias dogmáticas. Compárese el catolicismo de un Zorrilla con la *irreligión* de un Quintana, el escepticismo de Espronceda, con la fe de un Lapradé. Hasta se diría que un mismo poeta languidece y desmaya cuando invade la esfera religiosa: sigue volando pero con alas de plomo. En el Leconte de Lisle de *La Pasión* no se reconoce al Leconte de Lisle del *Mediodía*. Y nada más natural: la fe antigua en el hombre moderno se parece a un árbol de los trópicos en un invernáculo del Norte.

III

Si la fe suprime al ingenio, el patriotismo no eleva los caracteres.

El hombre encerrado en el círculo de una patria vive moralmente solo; y el aislamiento convierte el himno del poeta en voz nacida para clamar en el desierto. Quien habla de sí mismo, de su familia o de su nación, merece un auditorio reducido; pero quien habla en nombre de la humanidad tiene derecho a ser escuchado por todos los hombres. Si Valmiki, Homero, Shakespeare, Goethe y Lamartine figuran como los ingenios universales por excelencia, no depende de que glorificaron exclusivamente el Indostán, Grecia, Inglaterra, Alemania o Francia, hirieron la fibra sensible de la humanidad y todos los hombres les contestan. A pesar de los idiomas diferentes, de las nacionalidades distintas, y de los años transcurridos, vivimos en el Rama de Valmiki, en el Héctor de Homero, en el Hamlet de Shakespeare, en el Fausto de Goethe y en el Jocelyn de Lamartine. ¿Quién vive en los arranques bellicosos de los Tirteos, de los Ardt, de los Gallego, de los Pinti, ni de los Deroulède?

Quien ama a su nación más que a todas las naciones, no dista mucho de amar a su pueblo más que a su nación, a su barrio más que a su pueblo, a su domicilio más que a su barrio, y a su alcoba más que al resto de su domicilio.

Llega a convertir su yo en el centro de la creación. En el exagerado amor a la patria hay algo que pugna con la generosidad y la abnegación, se vela un fanatismo laico, tan absurdo y estrecho como el fanatismo religioso. Matar por un escudo y una bandera o matar por la cruz y la media luna, todo equivale a lo mismo. Sin embargo, no lo vemos: hipnotizados por las tradiciones clásicas y las leyendas caballerescas, aceptamos como acciones heróicas y dignas de imitación los crímenes cometidos por la brutalidad romana y la barbarie feudal.

Los seres de predilección, los verdaderos superhombres, se guían por el amor y la justicia; mientras la inconsciente mayoría de los pueblos no conoce más dios ni más ley que el egoísmo y la fuerza. Al cerebro suficientemente deprimido para ceñirse a evolucionar en una faja de tierra, corresponde muchas veces un corazón bastante endurecido para ver un enemigo en el hombre que habla otro idioma, profesa otra religión y sigue otra nacionalidad. Si en cada hombre dormita una fiera, el medio más seguro para despertarla y enfurecerla es murmurar a su oído el nombre de la patria. La magna virtud de las muchedumbres, la grandeza de los que nada grande encierran en su alma, se resumen en el patriotismo.

El amor sosegado al terruño y a la choza, o al pueblo y a la casa, lo que debe llamarse el patriotismo inocente o pasivo, recuerda la adhesión del topo a la topera, del ostión al peñasco, del infusorio a la gota de agua. El patriotismo guerrero y agresivo, esa encarnación del troglodita en el hombre actual, no sólo existe en las naciones menos civilizadas: florece tanto en el inglés para conquistar al boer, como en el español para *reconcentrar* al cubano, en el alemán para herir al francés, como en el yanqui para encadenar al filipino, en el ruso para oprimir al finlandés, como en el turco para exterminar al armenio. Cuando el emperador de Alemania aconseja a sus soldados no conceder en China cuartel a los niños, a los ancianos ni a las mujeres, no hace más que revelar los sentimientos que germinan en el corazón de los buenos patriotas. Como la Mbuquette de Zola, Guillermo II enseña lo que los demás ocultan.

Si la poesía popular refleja los sentimientos de la muchedumbre, la nacional o patriótica suele abogar por los intereses de un partido, de una facción o de un hombre. Quien a título de amor patrio ensalza el egoísmo individual y colectivo, quien a nombre de la gloria militar celebra la apoteosis de los brutales y los inicuos, suele concluir por transformarse en el Homero de un partido, en el Virgilio de una fracción o en el Dante de un poderoso. Así Deroulède en Francia.

Las canciones nacionales, y odas patrióticas de los bardos sudamericanos se reducen por lo general a un ejército de retórica; sobran tenores, pero faltan escaladas. Si los españoles hubieran triunfado en Junín y Ayacucho, tendríamos *leones de Iberia* desgarrando a *cóndores de los Andes*, en lugar de *Diosas de la libertad pisando la garganta de la Tiranía*. Bello, antes de endiosar a los héroes de la Independencia, había quemado incienso a Carlos IV y al favorito Godoy. Olmedo, antes de escribir su *Canto a Junín*, había llamado al mismo Carlos IV y a María Luisa *caros reyes, padres y Dioses de la España*. Felizmente, los más famosos poemas guerreros van cayendo en el olvido, y dentro de algunos años pertenecerán a la Paleontología, como la vértebra de un mastodonte o la quijada de un megaterio.

Nada tan repugnante como ver a un Alfredo Austin celebrando la *Cabalgata de Jameson*, o a un Kipling y a un Swinburne convertidos en los Apolos de Roberts, de Cecilio Rhodes y del populacho inglés. *¡Herir y herir con fuerza!* exclamaba Swinburne, como gritaría un piel roja, un cafre o un Guillermo II. ¿Habrían cantado así un Milton, un Shelley y un Byron? Al poeta de una nación civilizada le cumple sustituir la patria de los montes, de los campos y de los ríos con la patria de las ideas y de los sentimientos: proclamar que nuestros verdaderos hermanos no están en los individuos que tienen nuestra misma nacionalidad, sino en todos los hombres que batallan por la verdad y la justicia. Cuando las turbas populares rugen por la carne o la bolsa del vecino, el verdadero poeta se transforma en domador: empuña el látigo y el hierro para contener a la fiera.

IV

¿Cómo robustecer y renovar una Poesía anémica y avejentada? Verificando una especie de inoculación científica.

Verdad, a los poetas no les cumple consignar en octavas reales las variaciones atmósféricas ni formular en décimas el diagnóstico de una fiebre, parodiando a los versificadores que ponen en rima el *Genio del Cristianismo* y la *Democracia en América*, pero les toca ver la Naturaleza, vivirla y cantarla, sin decir con Núñez de Arce que el higo chumbo crece entre sus *ramas*, con Zorrilla que las azucenas tienen *cáliz*, con Felipe Pardo que las minas producen *bronce*, ni con Néstor Galindo que las gaceias extienden sus *alas*. En las obras técnicas la luz nos llega directamente, en las de imaginación, de una manera difusa. Lo que Guyau dijo de la novela se aplica también a la poesía, sin igualarse con un libro de ciencia, una colección de versos debe encerrar un espíritu científico. El poeta será didáctico, no para vulgarizar las leyes particulares de una ciencia, sino para enunciar por medio del ritmo y de la imagen las conclusiones generales del saber humano. El cantor digno de su época, sube a lo más elevado para anunciar hasta dónde llegaron los hombres en la ascensión a la verdad. Arroja un puente de la luz a la obscuridad.

No, la poesía no reconoce por madre a la ignorancia. La aparición o florescencia de las obras maestras coincide con el apogeo de la civilización. El progreso debe figurarse por una serie de líneas paralelas: a las líneas del filósofo, del sabio, del moralista o del industrial, corresponde la paralela del artista. Nunca se vió que el pueblo ignorante y bárbaro surgiera repentinamente un Valmiki, un Firdusi, un Homero, un Dante ni un Byron. Por más genio que poseyera un hombre nacido en una civilización rudimentaria, carecería de materiales para concebir y realizar una Ilíada y un Prometeo: le faltaría la lengua, el producto de civilizaciones avanzadas. Se llama al Nilo el padre del Egipto; los grandes poetas son Egiptos que deben su existencia al caudaloso río del saber y de las tradiciones.

La ciencia, como una fulguración colosal, revela cimas ocultas por la sombra y acentúa perfiles esfumados por la niebla. A su aparición, lo vago se precisa, lo sombrío se aclara, lo velado se manifiesta. Así el hombre no se presenta ya como un ser único y privilegiado, sino como una especie en las muchas especies animales; así, la Tierra no aparece ya como el centro del Universo, sino como un simple grano de polvo en el torbellino de los mundos. Con el amplio concepto de la Naturaleza, nace el sentimiento de solidaridad y la lucha animal para la existencia se transforma en el acuerdo humano para la vida.

El arte se renueva y se engrandece. El simbolismo exhumado de la mitología se cambia en la metáfora inspirada en el *maravilloso positivo*, y la imaginación, la antigua loca del hogar, se convierte en la razón alada. Al descubrirse las relaciones íntimas de las cosas, brotan las figuras retóricas y, por consiguiente, se ensancha el horizonte poético. La versificación, desdeñando las onomatopeyas y todas las demás puerilidades seniles, armoniza el ritmo de la palabra con el ritmo silencioso de la idea. El lenguaje, lejos de esclavizarse a la rima o petrificarse en el arcaísmo, vuela libre y modernizado, no admitiendo la imposición de las academias oficiales ni reconociendo más autoridad que el uso. Basta fijarse en la renovación verbal producida con las obras de Comte, Darwin y Spencer, para convencerse que hasta los idiomas deben más a los filósofos y sabios que a los eruditos y gramáticos.

¿Dónde se atesora más poesía que en la observación y el experimento? En la retorta de un químico y bajo el microscopio de un físico pasan cosas más bellas que en el cerebro de muchísimos poetas. Ver cristalizarse una sal o liquificarse el aire nos dice más que la lectura de muchas odas y la audición de muchos dramas. Herschel resolviendo las nebulosas, Haeckel llenando los vacíos de la evolución orgánica. Pasteur observando los microbios, Charcot hipnotizando a los histéricos, Trouseau consignando los síntomas de su propia muerte, Claudio Bernard afisbando los primeros latidos en el corazón de un pollo, *hacen* más poesía que los autores de todas las *Leyendas Evangélicas*, y de todos los *Cantos del Soldado*.

Sin embargo, la divergencia entre Platón y Aristóteles al juzgar la poesía, se renueva hoy mismo entre filósofos y literatos. Mientras los versificadores y los ilustrados a medias divorcian al poeta del sabio y hasta afirman la incompatibilidad del arte con la ciencia, los artistas y los sabios piensan lo contrario. *Estudia primero la ciencia*, dice Leonardo de Vinci, y *después sigue el arte nacido de ella*. "Respecto a mí, exclama Claudio Bernard, no creo en la posibilidad de esta contradicción. Desde que la verdad no se diferenciará nunca de sí misma, la verdad del sabio no puede contradecir a la verdad del artista. Más bien creo que la ciencia manada de una fuente pura se hará más luminosa para todos y que en todas partes la ciencia y el arte se darán la mano, interpretándose y explicándose recíprocamente". Se ve, pues, que si la poca ciencia nos aleja de la poesía, la mucha nos hace regresar.

En resumen: el poeta que desee manchar a la cabeza de la civilización y no figurar como retarda rio ni tardígrado, tendrá un corazón bastante generoso para latir por la humanidad, un cerebro suficientemente iluminado para guiarse por la filosofía científica de nuestro siglo.

Desigualdad, dolor...

Palacios de pomposa arquitectura
y millonarias oblescas avenidas
mas también pestilentes conventillos
y arrabales hediondos de inmundicia

—

Hombres que viven recogiendo mierda
y hombres que como a ídolos se sirven;
mujeres, niños que el trabajo agota
y otros que sólo de ocio se marchitan.

—

Junto a los hijos hartos
del rollizo rentista,
pasa la flaca prole del obrero
camino de la fábrica asesina.

—

Y junto a la "señora" — o la ramera —
que de joyas rutila,
va la madre flacucha que trabaja
para alhajar la vanidad ahita.

—

¡Siempre desigualdad!: Esta es el hada
que rige nuestros ciudadanos días;
pero ¡siempre dolor!: este es el genio
presente de continuo en nuestra vida.

—

Dolor, desigualdad: Amos de todos,
hijo cruel de madre prostituida
con hambre y llanto hartáis vuestros se-
[*ñores,*
pan de placer que el mísero fabrica.

—

Hombres, hombres hermanos:
vida es dolor, nos dice el pesimista...
Nuestra vida es dolor, hermanos hombres;
¡pero no debe ser dolor la vida!

Alvaro Yunque

La esfera de acción libertaria ¿Puede ampliarse?

I

Cuando el hombre ha hecho el primer descubrimiento de una de las fuerzas naturales que iba a emplear, tal como el fuego o la electricidad, la gran masa no sabía aún qué hacer de ella, mientras que los espíritus más despiertos han comenzado a domeñar esas fuerzas sea por el experimento, sea por el razonamiento lógico, sea por una fantasía genial que les hizo ver el porvenir con anticipación: pero nadie ha podido prever la marcha lenta, progresiva de los elementos reales tales como los conocemos ahora al mirar retrospectivamente.

Lo mismo pasa con el descubrimiento de la *libertad*, concepción y deseo representados en su más amplia aplicación en la vida social entera por nuestras ideas *anarquistas*. Como en todas partes, del descubrimiento a la realización el camino es largo. En el pasado prehistórico el hombre se sentía asociado a la colectividad por una solidaridad inconsciente, inevitable; se sentía igualmente impulsado a eximirse de esa solidaridad erigiéndose en amo, en tirano de los demás, si tenía la fuerza para ello, y aquellos a quienes oprimía se defendían por esa solidaridad colectiva en que el individuo está sumergido y bañado. Era preciso tiempo antes de llegar de esas luchas brutales entre el individuo y la masa a la época en que algunos, un número muy pequeño, concibieron la idea de una verdadera libertad altruista, que respetaba la libertad ajena, — diversa por tanto de la "libertad" del tirano que no reconocía más que su propia usurpación. No hay que olvidar que el sistema de la fuerza bruta que domina la masa sometida que tasca su freno, fué implantado por una ideología religiosa, moral, política, tradicional, que sancionaba y preconizaba la autoridad y la sumisión. La resistencia a este sistema fué hecha en toda la línea y se continúa haciendo. Los pobres no estuvieron nunca enteramente sometidos, ni de hecho ni de espíritu: una resistencia pasiva, rugidos sordos, rebeliones individuales y colectivas a través de los siglos y la lucha de los espíritus contra la religión, contra los reyes, contra los ricos por los mejores pensadores filosóficos, por el arte y la sátira populares, por una ciencia que llegaba al fondo de sus conclusiones, no se apaciguó jamás. Los reyes y los ricos no se sintieron nunca completamente cómodos. Pero evidentemente era difícil, ha sido imposible hasta aquí, coordinar deveras las fuerzas populares, despertar sus recursos latentes, purificarlos de las imperfecciones atávicas, inspirarles un ímpetu victorioso y darles esa eficacia que no se deriva más que de la experiencia. Vemos, pues, aquí filósofos intrépidos, allí heréticos y ateos, negadores de la moral convencional, rebeldes políticos y campesinos insurreccionados, obreros de las ciudades y demás, rebelarse todos por mil partes a través de la historia, vemos esas fuerzas esparcidas crecer, y nuestra esperanza de libertad futura está fundada sobre el vigor creciente de los asaltos dados al viejo sistema autoritario que, remontando a la época sombría e inculta de los tiempos prehistóricos, ha vivido verdaderamente bastante y no presenta ya más que un armatoste inútil tras el cual espera la humanidad libre la hora de su liberación colectiva.

Esta hora podría sonar pronto, con solo que se quisiera. Cuando se mira el lodazal actual, las consecuencias del sistema autoritario, se pregunta uno ¿qué es lo que se espera todavía, qué crímenes, qué provocaciones debe cometer aún la autoridad para agotar en fin la paciencia de los pueblos? Pero mirando de cerca vemos a casi todos los cogidos de mil modos en el engranaje del viejo sistema y sintiéndose impotentes para emanciparse de él. El progreso en los diferentes dominios avanza a pasos desiguales y el viejo sistema ha sabido acaparar en su beneficio los descubrimientos mecánicos de los siglos 18 y 19 que habrían ayudado y facilitado enormemente el trabajo en el mundo libre, ha sabido debilitar el efecto de los magníficos trabajos de la ciencia natural y perpetuar al mismo tiempo la manumisión de la iglesia y de la pedagogía oficial, es decir, reaccionaria, sobre el espíritu del pueblo, desde su infancia; ha sabido adaptar exteriormente al gubernamentalismo que no cambia nunca y que no puede cambiar, las formalidades y una fraseología de liberalismo o de radicalismo populares ese barniz de parlamentarismo que cubre el rostro horroroso de la autoridad con una máscara engañadora de libertad. Trata, en fin, continuamente de escamotear la cuestión social por medio de paliativos, dividiendo a los trabajadores y asestando sus golpes o eliminando si es posible a los espíritus de vanguardia, a los rebeldes.

El socialismo revolucionario popular, la resultante de tantos esfuerzos de movimientos y de pensadores esparcidos en la primera mitad del siglo XIX, se consolidó en fin en la Internacional y libró su primera batalla en la Comuna de París de 1871; ¿y dónde se podría estar ya hoy, cincuenta años después, sin la desastrosa defección de aquellos, Carlos Marx y sus amigos, que conducían entonces su grey al cuadro estrecho del parlamentarismo burgués, reemplazando el socialismo por la social-democracia, el sindicalismo revolucionario por el reformismo, el espíritu de rebeldía por las ideas funestas de disciplina, de centralización, de dictadura? Como en el siglo XVI los protestantes, los heréticos de ayer, se convirtieron a su vez en los perseguidores más encarnizados y crueles de los libres pensadores, Calvino quemando a Servet, etcétera, así la social-democracia se dió por misión perseguir a los revolucionarios, a los anarquistas y Marx hubiera quemado a Bakunin si hubiese dispuesto de una hoguera.

Era preciso, pues, volver a comenzar, y la anarquía perseguida por todas partes, la que primero elaboró con claridad sus ideas, se mostró a la luz del día por una serie de actos valerosos de rebeldía y por su grande influencia libertaria sobre el movimiento literario y artístico de esa época, — se unió al pueblo otra vez más estrechamente mediante el sindicalismo revolucionario inspirado por ella en gran número de países, abordó así un poco el terreno experimental, estuvo en primera línea en las revueltas populares renacientes, las "semanas rojas" de Barcelona (1909) y de la Romaña (1914), y se podía prever que en todas partes los verdaderos elementos populares seguirían de nuevo la vía revolucionaria, descartando los soportes del sistema capitalista, que es a lo que se redujeron los socialdemócratas.

Desgraciadamente se estaba demasiado absorbido por esa actividad intensa para observar el deseo de la burguesía de los grandes Estados de eliminar la concurrencia de cualquier otro gran Estado, en caso de necesidad por la guerra, unido al anhelo de la burguesía de los pequeños territorios favorecidos por riquezas naturales, de fundar pequeños Estados nacionalistas, para observar que ese doble deseo, sabiamente entrelazado por una diplomacia que no existe más que para preparar y hacer el mal, llegaría a hacer estallar la guerra mundial, bajo no importa qué pretexto inmediato, lo que sucedió en 1914. Se había descuidado también profundizar seriamente la cuestión del internacionalismo, idea tan evidente y generosa que se la creía por encima de toda discusión, pero que fué verdaderamente minada simuladamente por esa protección del trabajo nacional que es una misión que todo sindicalismo *soi-dissant* práctico se abroga, se hable expresamente de ella o no. Este fin especial llamado práctico asocia los intereses de los obreros de un país a los de la burguesía nacional, a los del Estado nacional por consiguiente, a su potencia y a su prestigio, que son mantenidos por el gobierno mediante la guerra, la victoria, el aplastamiento de los rivales comerciales en caso de necesidad. Por estos lazos y los del nacionalismo tradicional, fundado sobre todo en la ignorancia de los otros países, de su historia y costumbres, y en las mentiras que, aprovechando esa ignorancia difunde la educación patriótica de cada país sobre todos los países vecinos, — por un golpe de la barita mágica en el momento de la guerra, a pesar de los hechos palpables que habrían podido hacer reflexionar como el asesinato de Jaurès, — toda resistencia obrera o revolucionaria contra la guerra desapareció o no se mostró siquiera nunca, y no fué sino lentamente que se formó una oposición antiguerrera, dando prueba de valor y de abnegación, pero sin ejercer ninguna influencia sería sobre la duración de la terrible matanza de más de cuatro años. Ni la revolución rusa de marzo de 1917, ni los acontecimientos que acompañaron al agotamiento de la resistencia militar en Alemania y en Austria y que se calificó también, muy superficialmente, de "revoluciones", en octubre-noviembre de 1918, son productos genuinos de una oposición revolucionaria obrera a la guerra. Pero estos acontecimientos pusieron fin al gran silencio que se había hecho alrededor del socialismo: desde entonces, después del colapso en apariencia tan fácil y tan completo de tres despotismos inveterados, el ruso, el austriaco y el alemán, las posibilidades del socialismo estuvieron a la orden del día, y la marcha decisiva hacia un régimen socialista en Rusia dió un impulso inmenso a la consideración práctica de cuestiones que hasta entonces se creían pertenecientes a un porvenir aún poco cercano.

Sin embargo, como por una fatalidad, esta ocasión única fracasó aún y no estamos mucho más avanzados hoy. Sucedió que el ímpetu magnífico en Rusia no sirvió más que a los acaparadores y usurpadores más estrechos para crearse una dictadura que persiste todavía, asociando los métodos del zarismo y del capitalismo para servir al fin de la prolongación de su régimen absoluto. Así el socialismo autoritario en el poder no dejó de originar todo el mal que la crítica anarquista había derivado siempre de todo sistema autoritario, pero se necesitaba demasiado tiempo, se perdían años preciosos antes de comprender eso generalmente. El sentimiento de solidaridad completa y confiada que se expresaba en todas partes hacia ese país tan grande, conquistado enteramente para la revolución social, no sólo hacía callar el espíritu crítico, sino que lanzó el desorden en todos los movimientos, creando partidarios sinceros de una dictadura llamada provisoria o pasajera, sin hablar aquí de las corrientes artificiales que una propaganda sin escrúpulos y que disponía de riquísimos medios ha sabido improvisar en todas partes. Ese período de entusiasmo vago, irreflexivo y sobre todo admirador y contemplador, no activo, llena justamente la última época de la guerra, los meses de los cambios decisivos en la Europa central, en 1918, y los años de los tratados de paz, de las orgías del nacionalismo victorioso, de las crueldades y absurdos económicos, de las conferencias sin fin y sin salida, en una palabra, el período entre octubre de 1918 y este triste año de 1923 — porque estamos en él aún — cuando la Europa central fué torturada y supliciada para llegar a lo que vemos hoy, a la víspera de este invierno de 1923-24, del cual nadie puede prever el efecto sobre una población que llegó al fin de sus fuerzas y de su paciencia, como Alemania. En una palabra, de 1917 a 1923 el comunismo dictatorial ha hecho los mayores esfuerzos, y se han ejecutado todas las evoluciones posibles de un campo de maniobra para agrupar, dislocar y reagrupar las fuerzas obreras organizadas, pero, por una excepción quizás, no se ha hecho nada serio en ningún país y no se sintió ninguna idea de alcance general que pudiera dar verdaderamente un impulso en una dirección, sea revolucionaria, sea simplemente humanitaria, al movimiento obrero internacional y a la humanidad doliente.

La única excepción fué la de Italia en 1920, con la ocupación de las fábricas por los metalúrgicos que reemplazó las huelgas anticuadas y habría podido inaugurar la expropiación definitiva si hubiese sido seguido el ejemplo. En rigor la resistencia pasiva de los obreros alemanes en el Ruhr invadido aporta un nuevo factor en la lucha obrera, pero son justamente los revolucionarios los que le conceden menos importancia y creen que las masas, resueltas a aplicar esa táctica podrían y deberían ir más lejos. Pero por lo demás en ninguna otra parte se hace eso siquiera y la idea de que la clase obrera francesa, inglesa, italiana, belga, etc., organizada, habría podido seguir durante estos ocho meses de 1923 y apoyar esa resistencia pasiva alemana por una actitud semejante, no parece habérsele ocurrido a nadie.

Esta abstención que deja en 1923 como en 1919 completa libertad a los ejecutores y tramadores de tratados, a los que ni la misma Turquía se somete formalmente, deja, claro está, el campo libre a la propagación de la gangrena económica que hiere a la Europa central saboteada y arruinada, a los otros países en que el militarismo florece más que nunca, pero en los cuales la vida económica no es tampoco satisfactoria. Queda por saber si esa oportunidad ofrecida a los capitalistas de todos los países, las destrucciones en Japón por el temblor de tierra, sus reconstrucciones y la reducción de la concurrencia industrial de ese país por algún tiempo van a poner fin a la falta de trabajo en Inglaterra y en otras partes; entonces la causa capitalista antirrevolucionaria habrá recibido un nuevo refuerzo (1).

En ningún país, que yo sepa, ha promovido la clase obrera organizada protestas serias contra los tratados dictados a los vencidos, se ha solidarizado, pues, con esos tratados o se desinteresó de ellos; la crítica de algunos hombres inteligentes y de corazón, como E. G. Morrel, Gustave Dupin y otros no cambia nada. En 1923, como en 1914, los gobiernos hacen lo que quieren. Los sentimientos verdaderamente fraternales e internacionales entre los revolucionarios de los diversos países no concluyen en acción alguna, ni tampoco en ideas fértiles lanzadas en las masas; y el hecho de que los jefes del socialismo parlamentario internacional se agrupen de nuevo es de tan poca importancia como lo fué su segunda Internacional en 1914. Se acepta, pues, la situación dada salvo para los vencidos, que son llamados nacionalistas si rehusan someterse a ver arruinado su presente y su porvenir y el de sus hijos.

En esta situación de hecho, y me parece que también de espíritu ¿a qué hay que atenerse? — Verdaderamente, de esa inercia e indiferencia no veo salir ni la revolución social ni una idea, ni un gesto cualquiera, sea generoso, sea simplemente práctico. Las masas europeas van siempre directa o indirectamente a remolque del capitalismo, salvo los adeptos del comunismo dictatorial; los libertarios y los revolucionarios están ahí y hacen los que pueden, pero sus voces no trascienden, no tienen resonancia. Y en todas partes su causa, nuestra causa, es tan buena y tendríamos tanto que decir...

¿Qué hay que hacer en el instante, en la situación actual? — esta es una pregunta que en mi opinión es más apremiante aún que esta otra: *¿qué se hará en caso de revolución?* — porque la situación general es tal que estas revoluciones tienen muy poca probabilidad de llegar pronto, y lo que podremos hacer entonces dependerá de lo que seamos en el momento de la revolución, por consiguiente de lo que hayamos hecho hasta entonces, de lo que hacemos y hagamos hoy y mañana!

Max Nettlau

(1) *Después de escrito esto, el golpe militar de España amenaza hacer de este país, una de las cunas de la reacción, la desperadera de la Internacional. Con el [illegible] fascista — si el pueblo no se opone a ello inmediatamente, con decisión y la fuerza y de un modo práctico y eficaz que sabrá — esperémoslo — hallar.*

PAGINAS VIEJAS

Montcharmont

Una feliz casualidad hizo que el nombre de Ernesto Coeurderoy no desapareciera por completo; un buen día cayeron en manos de Max Nettlau los tomos de una de sus obras "Jours d'exil", verdadera obra maestra desde el punto de vista literario y un libro de propaganda anarquista como no aparecen en todas las épocas. En Coeurderoy se puede ver un complemento de Bakunin y de Proudhon; escribió lo que nos queda de su labor entre 1849 y 1855. Queremos reproducir hoy, al azar, un fragmento de las páginas inimitables de este formidable destructor, verdadero precursor de nuestras ideas.

La sociedad francesa es más bárbara que la judía: la muerte del justo la deja indiferente. Los tribunales actuales son más sucios que el tribunal de Pilatos; no se lavan las manos. La cruz del redentor se transformó en guillotina. ¡Llorad, los que aún tenéis lágrimas en los ojos!

* * *

El cazador Guillermo Tell, murió en el siglo XIV rodeado de una aureola de gloria que irradia aún sobre nuestros descoloridos tiempos. No fué esta tu suerte, heroico cazador Montcharmont, que pasaste sobre la tierra a través de generaciones abatidas y perdiste la cabeza en la máquina infame.

En su sacrilegio, gritarán ellos, el acercar la sombra de un asesino a la de un héroe. Y yo, yo confundiré esas sombras igualmente gloriosas. Como Tell, Montcharmont murió en defensa de la libertad; como Tell, la reivindicó solo, porque todos los hombres que le rodeaban eran cobardes, porque las autoridades y las leyes del presente están conjuradas contra el derecho.

Las balanzas de la justicia no son falsas más que en los pretorios. Ante la eterna equidad, los agentes franceses que impidieron a Montcharmont el ejercicio de la caza son tan criminales como el agente austriaco que quiso forzar a Tell a descubrirse ante su sombrero: merecieron también justamente la muerte. En las montañas de Helvecia, una revolución respondió al silbido de la flecha de Tell: en las llanuras de la Francia civilizada, el tiro de Montcharmont no despertó un eco. He ahí toda la diferencia entre estos dos hombres. He ahí por qué la sombra del cazador de Saone-et-Loire se arrastra en las riberas sombrías, cargada de ignominia, mientras que la del libertador se transmite brillante de generación en generación.

Cínico sarcasmo, infame irrisión es la opinión de los hombres, ¡mayoría, violencia, impudor! ¡hacen tragedias, óperas en honor del dios Tell, y si hubiese fracasado sería un vagabundo, un réprobo!

Era un réprobo, un asesino ese Montcharmont; he ahí lo que repiten con gusto como gansos a quienes se lleva al paste. Y a mí, que no soy otra cosa en medio de vosotros, que me habéis condenado como un criminal ¿me querréis prohibir que glorifique a los grandes criminales? Puesto que me habéis decretado la muerte al dejarme la vida ¿por qué no me he de quejar en la sociedad de los muertos? ¿por qué no he de reclamar la complicidad de sus actos? Tengo una cabeza, una mano, una boca de hierro: trataré de servirme de ellas.

La sociedad francesa es más bárbara que la sociedad judía; la muerte del justo la deja indiferente. Los tribunales actuales son más sucios que el tribunal de Pilatos; no se lavan las manos. La cruz del redentor se tranformó en guillotina. ¡Llorad, los que tenéis aún lágrimas en los ojos!

* * *

¡Memoria de un hombre altivo! para rehabilitarte, para glorificarte, ninguna voz se elevó aun del seno de la esclavitud social. La mía no faltará No gemiré, no levantaré los brazos al cielo, no imitaré ni el acento quejumbroso de los abogados, ni la tez de las mujeres que se desvanecen, ni el velo del anónimo. No trataré de hacer piadoso al público, de enternecer a los magistrados, de impresionar a esa figura de cera que se llama emperador de Francia. ¡Sensibilismo, cobardía, tiempo perdido son todas estas lamentaciones de Jeremías! Que los cuervos del palacio de justicia, que los poetas elegíacos que cantan los últimos días de los condenados aullen sobre estos motivos! La multitud, los jueces y los reyes son máquinas que funcionan porque se les engrasa y que se les engrasa para que funcionen.

Tú no te ocultaste tras un zarzal para matar esos dos perros galoneados que un procurador del rey lanzó en tu persecución; tú no fuiste cobarde como el que, desde el fondo de su gabinete, los ponía siempre sobre tu pista, los excitaba, los eximía de culpa, a los desgraciados! y les prometía tu cabeza. Es ese chacal de corbata blanca el que os mató a los tres. Sin embargo se deja correr por la sociedad esas fieras desbozaladas; no se hace entrar en razón a esas gentes; hasta se dice en Francia que la magistratura es honorable. Adorad a los tigres y a los jaguares si os son necesarios los dioses: al menos estas bestias son graciosas. Pero respetar a un procurador general, a un proveedor de pompas fúnebres, esto es degradante.

Yo seré digno de ti, Montcharmont. Alta y firme será mi palabra, como la detonación de tu carabina de combate. Es tu glorificación la que me hace falta; es una acusación criminal la que intento contra toda una sociedad; es una sentencia de muerte la que tengo suspendida sobre su cabeza y que se ejecutará tarde o temprano; — más pronto de lo que se piensa. Esa solemne deificación de tu nombre, la hago contra todas las gentes de la justicia, de la policía, del orden, del gobierno, de las cuerdas y cintas de honor y de poder; la hago contra la civilización que les paga; lo hago contra todo el que condena y ejecuta, contra todo el que deja condenar y ejecutar.

Ellos lanzan lodo sangriento contra el verdugo y sus criados; los llaman los hombres rojos, los bebedores de sangre, Samsom, Charlot, Mardi. A su paso vociferan amenazas de muerte; condenan a sus hijos a la herencia de su cargo, sus hijas al celibato y sus familias a la ignominia. Y bien, que dejen al verdugo por lo que vale y que miren más cerca la viga que está ante sus ojos. El verdugo hace su trabajo; los que lo insultan y se lo dejan hacer son más cobardes que él, y su pan no les cuesta tan caro.

Lo declaro claramente, desearía con todo corazón, que todos los civilizados estuviesen obligados a tirar de la cuerda de Samsom y que no les fuese permitido eximirse de esa servidumbre como del servicio militar. Sería curioso saber quien se rehusaría. Veríais que pretenderían que no se trata de un oficio torpe y que ellos son verdugos *muy distinguidos*. Subrayo esta expresión, me regocija en un tiempo en que todas las inteligencias se confunden en el más bajo servilismo.

Todos los que dejaron morir a Montcharmont son tan culpables como el verdugo. Lavaos las manos, esclavos, más aún, más: jabonaos, frotaos, consumid, quemad vuestra epidermis; desgarrad vuestras carnes con un crucifijo rojo. La mancha de sangre es sólida, es vivaz, vuelve a aparecer y crece; os ciega, os ensordece, os ahoga, os hace delirar; la llevás en vuestro hojal, en vuestros atavíos, en vuestros cabellos; lepra mortal, va siempre ampliándose, ampliándose. ¡Chorreáis sangre, causáis horror!

Os prohibo tocar a ese muerto. Hace ya pronto tres años que está bajo la tierra pesada; no le habéis llevado ni coronas ni laureles, ni flores, ni lágrimas; ni siquiera una rama de ciprés; no habéis consolado a su familia, la habéis dejado desgarrar en él por los hijos, y el populacho y los gatos del periodismo como un asesino vulgar. Se cubrió de inmundicias la hierba sobre la que se supone que yace. Porque no se sabe donde lo enterraron los ejecutores de las altas obras. Y cuando se levante el día de la justicia eterna, rehusaréis reconocerlo en un cuerpo cercenado que llevará por la boca una cabeza sangrienta.

¡Oh, la más burguesa, la más odiosa, la más miserablemente poltrona de todas las sociedades! Si tocaras a ese muerto lo mancharías. Esta ralea habla de abnegación, de valor y de gloria. ¡Y ha dejado despedazar, acuchillar, picar por tres verdugos al más valiente de los hombres! ¡sacrificad, pues, a ese mundo vuestros trabajos, vuestros desvelos y vuestra existencia! Se irá a divertir a vuestra ejecución. ¡Esto es monstruosamente horroroso!... ¡Burgueses, sóis muertos de hambre, mendigos!

Yo quiero compartir esa infamia gloriosa. También ese asesinato jurídico pesa sobre mi conciencia. Yo hubiera podido ir a Francia el día en que fué cometido; quizás la desesperación me hubiera inspirado bien. Me acuso de una falta sobre cuya gravedad no reflexioné en aquel tiempo. Es un remordimiento, una mano helada sobre mi respiración; siento en todo mi cuerpo la bolsa húmeda en que se envuelve a los ejecutados. Yo sacudiré esa bolsa, haré brillar en todas las frentes esa mancha; agitaré el cascabel de las venganzas. Opondré tribunal a tribunal, hombre a sociedad, veredicto a veredicto. Lo mismo que Montcharmont se hizo juez, yo me haré procurador general. Esta será quizás la primera vez que una magistratura terrestre no mentirá.

Justicia de los hombres, opinión de la chismografía! cuán tardía eres para los que se adelantan a su edad. Puesto que el escándalo te hace apresurar, enviaré el escándalo a tu encuentro con paso retumbante. En esta época de hipócrita dulzura en que se oculta el homicidio en la barrera de Saint Jacques, la miseria en el hospital y la enfermedad en la cárcel; en una época semejante es preciso desgarrar, morder, con todas las garras y todos los dientes; es preciso lanzar el panfleto a los ojos y gritar en los oídos para saber en fin si se puede sacudir la interminable letargia. — ¡Felices aquellos por quienes llega el escándalo!

Quiero presentar a los sueños de los civilizados esa cabeza, masticada por tres machetes, espantosa, pendiente de un fragmento, esa cabeza que se vuelve en la báscula. Los cabellos están erizados, los puños cerrados, los ojos se clavan en vosotros y os obligan a mirarla. Montcharmont os pide cuenta de su vida, que no os pertenecía. Yo quiero haceros estremecer, burgueses de Francia, quiero que padezcáis, que adelgacéis, que tengáis ataques de nervios, que muráis.

La sociedad francesa es más bárbara que la judía; la muerte del justo la deja indiferente; los tribunales actuales son más sucios que el tribunal de Pilatos; no se lavan las manos. La cruz del redentor se transformó en guillotina. ¡Llorad, los que aun tenéis lagrimas en los ojos!

* * *

Con ese cráneo en la mano, pregunto a la sociedad y a los caníbales que pretenden representarla:

Cuando un hombre no ha incurrido en ningún delito, ¿encontráis en vuestros códigos un artículo que os de derecho a rehusarle la autorización para cazar? Os desafío a que me hagáis ver semejante artículo.

Y si violáis tan impúdicamente la ley escrita en perjuicio de ese hombre, ¿no es él quien defiende vuestra miserable ley contra vosotros mismos cuando para hacerla respetar recurre a todos los medios que legitima la justicia, que aconseja la desesperación y que proporciona la necesidad?

Pero yo no me ocupo de vuestras leyes; las habéis hecho a vuestra imagen, iniquas, opresivas. Yo pregunto a vuestra autoridad y a vuestros jueces:

Cuando un hombre tiene derecho a vivir de la potencia universal y cuando le conviene hacer uso de ese derecho cazando ¿qué razón equitativa podéis alegar para privarle de la caza? Si tal es su pasión dominante, lo matáis así como yendo a esperarlo a un rincón del bosque para asesinarlo.

Tú, sociedad que castigas los asesinos, ¿por qué pretendes la impunidad cuando eres tú misma culpable de asesinato? ¿Es porque la mayoría, el poder, la ley, los gendarmes, la prisión y la guillotina, que has hecho, son fuertes? Pero la fuerza no es el derecho, y mañana la fuerza puede volverse contra ti. Y si se substituye la violencia por la equidad, no hay una sola cabeza sólidamente fijada sobre el cuerpo que la sostiene.

Oigo aullar a coro que la caza es una diversión, que no es un derecho; y que aunque fuera un derecho no se pasa para ejercerlo sobre el cuerpo de dos hombres revestidos de una autoridad pública. Son los menos criminales los que se expresan así.

Les respondo: que no hay escala de importancia para los diferentes derechos, que el valor de cada uno de ellos depende de las atracciones de cada uno de nosotros. Yo les respondo aún que no hay derecho contra el derecho; que el tricornio puede muy bien elevar al gendarme por sobre la estatura media, pero que no lo hace superior a los otros hombres; y que, en fin, cuando un gendarme obstaculiza el camino al derecho, dicho gendarme debe esperar ser matado como un perro si encuentra ante él un hombre libre.

Y además, señores míos, ¿quién es de el derecho absoluto de disfrute de los campos, de las aguas, de los bosques y de los animales? Yo os digo, yo, que ese privilegio es el más irritante, el más escandaloso, el más feudal de todos los que subsisten, y que para muchos hombres, y de los más altivos, la necesidad que pisotean es la más imperiosa de todas. Si tenéis corazones de perros de jauría, y os contentáis con ladrar cuando un criado de la cuadra os lo permite, no podíais hacer más felizmente que entre los civilizados.

Pero a nosotros, hombres libres, nos es preciso el aire de las colinas, los arbolados, los abismos y los claros cuando se nos antoja. Nos son precisos caballos relinchadores, la música de las trompetas, el corzo saltón, el jabalí furioso. No soñamos como los almaceneros cuando nos hemos fatigado todo el día nuestras piernas o nuestras cabezas.

Cuando las revoluciones estallen, id todos a los bosques reales de Fontainebleau y de Compiegne. Allí os convenceréis de que la caza es cara a los hombres independientes y que los que la seguían con más ardor no se tapaban los oídos cuando el tiroteo rugía en París. Es lástima, en verdad, que pasiones tan nobles hayan caído tan bajas, y el vil *mob* no habría debido jamás olvidar que hay existencias de animales más preciosas para vosotros que las existencias de los hombres. Pero decidme, ¿creéis que la buena raza de los lobos no vale buena raza de perros, y os imagináis por ventura que haréis siempre saltar nuestras cabezas con tapones de champagne? Somos cazadores, Jacques, lobos, oídlo bien, y pretendemos cazar lo que nos parece bien, aun al hombre, sobre todo al hombre, — cuando bien nos parece o nos parece bueno—, como vosotros. Al más hábil el botín. Somos de esos hombres de quien Schiller dice: "Su misión es la ley del talión; su vocación, es la venganza". Somos también bandidos.

Yo no tengo necesidad de decíros por porqué el derecho de caza me ofrece más atractivo que otros; basta que derive de mi naturaleza de hombre y de mis propensiones activas para que no tengáis nada que decir cuando me convenga hacerlo valer. Guardáos bien, ya lo veis, de suprimir los derechos de caza. Si hubiera aún un germen de rebeldía en el suelo de Francia, lo haría brotar. ¿No sabéis que nada es más ultrajante para nuestra dignidad que una prohibición, y es preciso enseñaros que de hombre a hombre toda prohibición es injusta — e inútil... Pero yo me hago inteligible para los criados.

(Continuará)

ARNOLD ROLLER.

Páginas de la historia del proletariado español (1848-1907)

(*Conclusión*)

Coruña (Galicia) fué a fines de mayo de 1901 teatro de acontecimientos sangrientos. En ocasión de una huelga parcial un grupo de camaradas del lugar quiso apartar a los quebrantahuelgas que llegaran y ocupar su puesto en la lucha. Inmediatamente la guardia civil tiró sobre el grupo y mató un obrero e hirió a varios. Al entierro del muerto fueron al día siguiente 6.000 compañeros, declarados espontáneamente en huelga general de protesta. A la vuelta del cementerio se fijaban en todos los muros los carteles anunciando que había sido declarado el estado de sitio — y la guardia civil abrió contra los que retornaban pacíficamente a sus domicilios un fuego asesino, por el que fueron muertos 8 hombres en el lugar y heridos más de cincuenta. Los tiroteos y las pequeñas luchas callejeras duraron dos días. La actitud de los socialdemócratas fué en esa ocasión sobre todo infame. Escribieron en sus periódicos que sólo los anarquistas eran culpables de todo, no tuvieron ninguna palabra de censura contra el gobierno o la guardia civil. El órgano central socialdemócrata *El Socialista* publicó en el número del 6 de junio de 1901, que la culpa de todos los desórdenes la tenía el "horrible anarquista" Sanjurjo (presidente del sindicato de sastres). A consecuencia de esta denuncia Sanjurjo fué detenido en la Coruña y condenado por el tribunal de guerra.

En febrero de 1902 estalló en Barcelona la huelga de los metalúrgicos, que exigían la reducción de la jornada de trabajo a nueve horas. Como después de una larga huelga los empresarios no quisieron ceder, el 16 de febrero todos los trabajadores de Barcelona, unos 80.000, se declararon en huelga solidaria con los metalúrgicos. Ningún tranvía circuló, ningún tren pudo salir de la estación, ningún barco del puerto. Después de algunas luchas y asaltos a los cuarteles de la guardia civil los trabajadores se adueñaron de la ciudad. A Barcelona siguieron pronto un gran número de pequeñas ciudades de Cataluña y en todas partes se llegó a luchas violentas. Las noticias de esa huelga general excitaron la opinión de toda Europa, todas las publicaciones burguesas escribieron sobre ella, informando diariamente en largas columnas sobre la huelga general revolucionaria de Barcelona. Poco a poco comenzó el gobierno a reunir guardia civil y tropas de otras provincias que habían permanecido tranquilas. En Barcelona hubo batallas callejeras durante dos días, hasta que el ejército quedó vencedor.

Un diputado conservador declaró en el parlamento: "Si la huelga general se hubiese extendido a otras provincias no habría tenido el gobierno bastantes cañones y fusiles para reprimirla".

¡Piensen los trabajadores en estas palabras!

La huelga general fué propagada ya en España por la Internacional bakuninista, todas las organizaciones sindicales posteriores tuvieron en su programa la huelga general revolucionaria como el único medio de liberación del proletariado. Uno de los propagandistas teóricos de la huelga general en España fué José Lopez Montenegro, en un tiempo coronel, que publicó también un folleto sobre el asunto. Sin embargo, más que todos los folletos escritos obró la famosa huelga general de Barcelona de 1902 en pro de la idea de la huelga general en el mundo obrero — sobre la cual informaron justamente todos los periódicos burgueses, atrayendo de ese modo la atención sobre ese medio de lucha. Desde esa época comenzó verdaderamente la propaganda de la huelga general en Europa.

También la socialdemocracia, de la cual se oyó tampoco hasta aquí, se hizo "famosa" por esa huelga general. El partido exigió a sus adeptos que trabajaran y no tomaran parte en la huelga, una delegación del partido se presentó al gobernador militar para asegurarle que los socialdemócratas no tenían nada de común con los anarquistas provocadores de desórdenes. Los trabajadores huelguistas fueron insultados en la prensa socialdemócrata y Pablo Iglesias alardeaba además en sus artículos de que la huelga general no habría triunfado aunque hubiesen tomado parte los socialdemócratas, pues el pueblo no estaba bastante maduro para aprovechar justamente la victoria. Si, en algunas ciudades en que los anarquistas quisieron provocar movimientos de simpatía hacia Barcelona, declararon los socialistas que estaban dispuestos a unirse con la guardia civil contra los anarquistas para hacerlos entrar en razón (entre paréntesis, la participación del par de socialistas no habría cambiado nada la situación). Los socialdemócratas de la mayor parte de los otros países censuraron agudamente la miserable actitud de sus hermanos españoles y hasta en la *Petite Republique*, redactada por Jaurès, aparecieron artículos en que Iglesias y sus adeptos eran condenados sin circunloquios al mayor desprecio. Los anarquistas españoles tienen la dicha de tener por adversarios a la especie más despreciable de la socialdemocracia, lo que les facilita naturalmente la lucha. Después de la huelga general Barcelona quedó todavía bajo el estado de sitio y los tribunales de guerra funcionaron ininterrumpidamente.

Pero la actividad de los compañeros no fué conmovida. Justamente después siguió un acrecentamiento del movimiento anarquista. En 1903 *Tierra y Libertad* llegó a ser diario, y además existían 3 révistas y cerca de 20 semanarios — en un país de 18 millones de habitantes, en el que la mitad por lo menos son analfabetos. El espíritu anarquista echó profundas raíces en el pueblo. Hay pocos obreros que bautizan sus hijos, les dan nombres anarquistas como Acracio, Anarquía, Libero, Redención, etc., etc.; festejan las bodas anarquistas en las sociedades obreras. El espíritu de la solidaridad es extraordinariamente grande. Uno de los escritores socialdemócratas más conocedores de la cuestión, Práxedes Zancada, escribe en su libro *El Obrero en España*, aparecido en esta época, que se puede decir sin exajeración que en España cerca de 400.000 obreros, si no son directamente anarquistas están bajo el influjo absoluto de los anarquistas y del anarquismo. El movimiento más grande está en Cataluña, Andalucía, Coruña, Unión, cerca de Cartagena.

Desde la entrada real de Alfonso XIII en el gobierno, se produjo un fortalecimiento de la réacción. Alfonso se eligió a todos los ministros más reaccionarios y encontró finalmente en Maura su hombre, el digno sucesor de Cánovas del Castillo. También Maura quiso tener su pequeño Montjuich y éste se le ofreció por los sucesos de Alcalá del Valle (Andalucía). En agosto de 1903 declararon allí la huelga los trabajadores del campo. La guardia civil disparó sobre los pacíficos huelguistas y mató algunos obreros. Toda la población se volvió furiosa contra la guardia civil, ésta fué desarmada y con sus propios fusiles malamente tratada. No tardó en llegar al pueblo un regimiento de soldados al mando de un coronel. Unas cien personas, hombres, mujeres, ancianos, fueron arrestadas, se repitieron todas las torturas de Montjuich con la renovación siguiente: las mujeres en cinta eran apaleadas por la guardia civil en el vientre hasta que abortaban. Luego siguió el tribunal de guerra — y un gran número de condenas a trabajos forzados a perpetuidad.

En el otoño del mismo año los mineros de Bilbao enseñaron a los proletarios de todos los países, con el ejemplo, "la acción directa"; enseñaron cómo puede triunfar una huelga. Los trabajadores se declararon en huelga para imponer la abolición del sistema de pago en mercaderías. Cansados después de dos semanas de huelga pacífica asaltaron las minas, destruyeron e incendiaron los andamios y las bombas de agua, inundando por consiguiente las minas, lo que entrañaba el peligro de destruir todos los pozos. Al mismo tiempo se tomaron por la fuerza de los almacenes los alimentos, sin preocuparse de preguntar por los precios. En el plazo de cuatro días los aterrados capitalistas reconocieron todas las condiciones de los trabajadores (abolición del sistema de pago en mercaderías, elevación de los salarios, etc.), pues se veían seriamente amenazados en sus propiedades. Por esa acción directa lograron los trabajadores en pocos días lo que se les había prometido realizar desde hacía muchos años en el parlamento.

Lo que los trabajadores de Barcelona hicieron un año y medio antes por el ejemplo para la propaganda internacional de la huelga, lo hicieron ahora los trabajadores de Bilbao para la propaganda más efectiva de la lucha económica revolucionaria, del terror económico, de la acción directa. Dieron la señal para numerosas huelgas revolucionarias que comenzaron desde entonces. Desde esa época fué propagado con constante exposición del ejemplo de Bilbao intensivamente la acción directa y el terror económico.

Los acontecimientos de Alcalá del Valle se abrían paso poco a poco en la publicidad. Tan pronto como fueron conocidas las torturas comenzó una gran campaña en España y en Francia en favor de los sentenciados. Tan sólo poco antes había conseguido la opinión pública libertar a los supervivientes de las víctimas del proceso de la *Mano Negra* después de veinte años de martirio y ahora se volvía a oír hablar de nuevos tormentos. Un grupo de camaradas en París, entre ellos P. Vallina, se ocupó de esa campaña, envió informes sobre el asunto de Alcalá del Valle a todos los periódicos avanzados del mundo y organizó — por correspondencia — para el 12 de marzo de 1904 una gigantesca demostración de protesta en toda Europa contra los torturadores españoles. Casi en todas las grandes ciudades de Europa, exceptuadas las de Alemania, se celebraron en ese día reuniones de protesta (solo en Bohemia, por ejemplo, 21; en Holanda 25, en Francia en muchas Bolsas del Trabajo, etc). Los obreros del puerto de Cette (sur de Francia) se negaron a cargar y descargar los barcos españoles hasta que fueran libertadas las víctimas de Alcalá del Valle, de modo que los comerciantes españoles enviaron una petición al gobierno para que amnistiara a los sentenciados en interés del comercio español. Apareció en París un periódico *L'Espagne Inquisitoriale*, en idioma francés, para revelar al mundo el terror español. El periódico atrajo fuertemente la atención. Pero la campaña sólo tuvo éxito cuando el 13 de abril de 1904 un joven escultor español, Miguel Artal, hundió un puñal en el pecho del presidente de ministros Maura, que hasta entonces no había querido saber nada de amnistía, — Maura, que sin embargo, no fué más que herido, pareció finalmente ablandado, por temor a argumentos más convincentes — e hizo poner en libertad todos los presos.

Cuando el 31 de mayo de 1905 iba a la Opera Alfonso XIII en una visita oficial a París, cayó una bomba bajo su coche. Fueron muertos dos caballos y heridos algunos soldados. El autor huyó. Siguió un gran proceso en el que eran Pedro Vallina y Ch. Malato los principales acusados. Vallina, que había sido arrestado antes de la bomba fué inculpado de haberla preparado. En su defensa declaró que las bombas por él fabricadas indudablemente eran destinadas al rey, pero que después habrían debido ser utilizadas en España y no en Francia. La opinión no era favorable a los torturadores españoles, pues toda la prensa burguesa simpatizó con los acusados, y éstos fueron absueltos por el jurado.

Justamente un año después de este atentado, como su aniversario — es decir, el 31 de mayo de 1906 — cayó en Madrid desde el balcón de una casa sobre el cortejo de boda de Alfonso XIII una bomba. Nuevamente quedó ileso el rey, a pesar de que su coche fué destruido y cerca de 30 hombres de su escolta fueron muertos en el lugar. El autor era Mateo Morral, un joven muy instruído perteneciente a una casa rica, profesor en la Escuela Moderna de Barcelona y colaborador en distintos periódicos anarquistas. Como Francisco Ruiz y otros en el movimiento italiano y español, conocía tan bien las materias explosivas como el manejo de la pluma, pues sabía que con la pluma no podrán ser vencidos los fusiles y los cañones de las clases dominantes.

Morral cayó tan sólo unos días después gracias a un torpe azar en manos de la policía de una aldea. Para evitar las "experiencias de la justicia" española, mató primeramente al policía y después se mató a sí mismo.

Si hubiera caído Alfonso XIII el acto de Morral habría tenido un gran alcance, porque entonces no había en España ningún heredero del trono y su muerte habría dado la señal de la revolución.

Como en España hay dos polos revolucionarios, — Barcelona y Jerez — en el noroeste y sureste, también los hay en Europa. Los dos polos revolucionarios de Europa están también en el noroeste — Rusia — y en el sureste — España. No es de los países con alta "cultura" y una instrucción general escolar, sino de los países de los analfabetos de donde justamente parte el impulso revolucionario para toda Europa, como vemos ya. Pero es precisamente característico que España, que ha dado tan pocas contribuciones teóricas y literarias al anarquismo internacional, sea el mejor maestro para la lucha libertadora del proletariado. Los españoles fueron los primeros en aplicar la huelga general, los que dieron vida a un sindicalismo revolucionario, los que ejecutaron el terror económico y la acción directa.

No por tratados teóricos, sino por la acción, por el ejemplo, anunció el proletariado español de tanto en tanto al mundo de qué modo se quiere libertar. En el conocimiento de los medios de lucha que deben llevar a la emancipación son ellos los que preceden al proletariado de los demás países.

El proletariado español nos precederá también en la victoria, pues sabe luchar, conoce las armas terribles del proletariado militante: la huelga general, el terror económico y las bombas.

1907